

# Zygmunt Miłoszewski

## La mitad de la verdad

Traducción del polaco  
de Francisco Javier Villaverde González

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original: *Ziarno prawdy*

© 2014, Grupa Wydawnicza Foksal  
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2016, Francisco Javier Villaverde González, por la traducción

© Diseño: Proyecto de Enric Satué  
© Cubierta: Jesús Acevedo



Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1736-3  
Depósito legal: B-2054-2016

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

A L 1 7 3 6 3

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Marta*

Toda leyenda contiene una mitad de verdad.

Dicho popular

Una verdad a medias es una mentira completa.

Proverbio judío

La obligación del fiscal es aspirar a esclarecer la verdad.

Principios éticos del fiscal

# Capítulo primero

*Miércoles, 15 de abril de 2009*

Los judíos celebran solemnemente el séptimo día de las fiestas de la Pésaj y recuerdan el paso a través del Mar Rojo, mientras que para los cristianos es el cuarto día de la Octava de Pascua. Para los polacos este es el segundo de los tres días de luto nacional decretados tras el incendio de un albergue social en Kamień Pomorski, en el que fallecieron veintitrés personas. En el mundo del fútbol internacional, Chelsea y Manchester United pasan a las semifinales de la Liga de Campeones; en el mundo del fútbol polaco, unos cuantos hinchas del ŁKS de Łódź están acusados de fomentar el odio hacia las minorías nacionales, tras lucir unas camisetas en las que se leía un ofensivo juego de palabras referente a otro equipo de la ciudad, el Widzew, en el que se mezclaba el nombre del club con el término «judío». La Dirección General de la Policía presenta el informe del mes de marzo sobre criminalidad, que ha aumentado en un once por ciento con respecto a marzo de 2008. La policía comenta: «La crisis va a obligar a la gente a cometer delitos». En Sandomierz ya ha obligado a la dependienta de una carnicería a vender tabaco de contrabando bajo cuerda; la mujer ha sido detenida. En la ciudad hace el mismo frío que en el resto del país, la temperatura no supera los 14 grados, pero aun así es el primer día soleado tras la gélida Semana Santa.

1.

Está claro que los espíritus no salen a medianoche. A medianoche aún no se han acabado las películas vespertinas de la tele, los quinceañeros piensan intensamente en sus profesoras, los amantes recuperan fuerzas antes de hacerlo otra vez, los viejos matrimonios conversan con gran seriedad acerca de lo que ocurre con la economía familiar, las buenas esposas sacan el bizcocho del horno y los malos maridos despiertan a los niños cuando tratan de abrir la puerta al volver a casa borrachos. Hay demasiada vida a medianoche como para que los espíritus de los muertos puedan asustar como es debido. De madrugada la cosa es distinta; a esas horas hasta los empleados de las gasolineras se echan una cabezada y la luz grisácea empieza a sacar de la penumbra a seres y objetos cuya existencia ni siquiera sospechábamos.

Iban a dar las cuatro de la mañana, el sol saldría una hora después, y Roman Myszyński se esforzaba por no quedarse dormido en la sala de lectura del Archivo Nacional de Sandomierz, rodeado de muertos. Tenía a su alrededor pilas de libros parroquiales del siglo XIX, pero a pesar de que la mayoría de los registros hacían referencia a momentos alegres de la vida, y aunque había más bautizos y bodas que actas de defunción, notaba un permanente olor a muerte junto a él. No podía dejar de pensar que todos aquellos recién nacidos y recién casados llevaban ya varias décadas criando malvas y que el único testimonio de su existencia eran aquellos libros polvorientos y raramente consultados. En cualquier caso, esas personas en concreto eran afortunadas, teniendo en cuenta cómo había tratado la guerra a los archivos polacos.

Hacía un frío de mil demonios. Se había acabado el café del termo y el único pensamiento que Myszyński acertaba a componer era el de abroncarse por haber tenido la estúpida idea de crear

una empresa dedicada a las búsquedas genealógicas, en lugar de aceptar un puesto como profesor ayudante. En la universidad no pagaban mucho, pero sí con regularidad, y además tenía seguro médico; todo eran ventajas. Y más en comparación con las escuelas donde habían terminado trabajando sus compañeros de promoción, en las que el sueldo era igual de malo, pero que contaban con el «aliciente» de una frustración permanente y de las amenazas de los alumnos.

Miró el libro que tenía abierto ante sí y leyó una frase escrita con hermosa caligrafía por el sacerdote de la parroquia de Góry Wysokie —a la que en aquella época pertenecía la localidad de Dwikozy— en abril de 1834: «Ni los solicitadores ni los padrinos saben leer». Ahí terminaba el asunto del origen nobiliario de Włodzimierz Niewolin. Y por si alguien pudiera todavía pensar que quizá el padre del tatarabuelo de Niewolin había bebido demasiado el día anterior, tras el convite para anunciar la buena nueva, su profesión despejaba las dudas: campesino. Myszyński estaba convencido de que en cuanto encontrara el acta de matrimonio descubriría que la mujer mencionada en la partida de nacimiento —Marjanna Niewolin, quince años menor que su esposo— era una sirvienta. O quizá viviera todavía con sus padres.

Se levantó y se estiró con ganas, y al hacerlo movió con los dedos una vieja fotografía de antes de la guerra colgada en la pared, una imagen de la plaza Mayor de Sandomierz. La colocó bien y pensó que la plaza de la postal tenía un aspecto distinto al de la actualidad. Más modesto. Miró por la ventana, pero las fachadas de la plaza, visibles al final de la calle, estaban envueltas en la oscura niebla del amanecer. Qué tontería, por qué iba a tener la plaza un aspecto diferente, de qué le valía pensar en tales cosas; lo que debía hacer era ponerse a trabajar si quería reconstruir el pasado de Niewolin y llegar a la una a Varsovia.

¿Qué más le quedaba por encontrar? El acta de matrimonio no debería ser un problema y las partidas de nacimiento de Jakub y Marjanna también acabarían por aparecer. Por fortuna, la época de la Polonia del Congreso fue bastante buena para los investigadores de archivos. Desde comienzos del siglo XIX, y gracias al Código



Napoleónico, en el Ducado de Varsovia las parroquias debían redactar dos copias de todos los documentos de registro civil y enviar una al Archivo Estatal. Más tarde esta norma sufrió cambios, pero aun así estaba muy bien. En Galitzia la cosa era peor, por no hablar de las antiguas Tierras Orientales, un verdadero agujero negro genealógico; sobre ellas solo quedaban algunos restos de actas en Varsovia, en el Archivo Zabuzzański\*. En resumen: con Marjanna, nacida hacia 1814, no debería haber ningún problema; y en cuanto a Jakub, los años finales del siglo XVIII aún fueron buenos, los curas tenían mejor educación y los libros se conservaban bastante enteros, menos los de algunas parroquias excepcionalmente descuidadas. Sandomierz contaba con la ventaja de que durante la última guerra no lo habían incendiado ni los alemanes ni los soviéticos. Las actas más antiguas procedían de los años ochenta del siglo XVI. Antes de esa época el rastro se perdía, porque hasta el Concilio de Trento a la Iglesia católica no se le ocurrió guardar un registro de sus feligreses.

Se frotó los ojos y se inclinó sobre los documentos que tenía esparcidos ante sí. Necesitaba las actas de matrimonio de la localidad de Dwikozy de los dos años anteriores, y quizá de paso buscara a la madre del tatarabuelo. De soltera Kwietniewska. Vaya, vaya. En la cabeza del investigador se activó un pequeño timbre de alarma.

Habían pasado dos años desde que creó la empresa Złoty Korzeń («La Raíz Dorada»), desoyendo las advertencias de todo el mundo. La idea se le había ocurrido mientras reunía material para su doctorado en el Archivo Central de Documentos Antiguos, cuando empezó a cruzarse con personas de mirada febril, que buscaban sin pericia información acerca de sus antepasados y que intentaban trazar su árbol genealógico. A un chico lo ayudó por lástima, a una chica en atención a la impresionante belleza del busto que lucía, y por fin, a Magda, porque resultaba encantadora con esa enorme lámina con su genealogía, que parecía el Árbol de Jesé. La cosa terminó con Magda y su lámina viviendo durante seis meses en casa de

---

\* Zabuzzański: perteneciente a los territorios situados al este del río Bug. (*N. del T.*)

él. Cinco meses más de lo debido. Se marchó con lágrimas en los ojos y sabiendo que su tatarabuela Cecylia era bastarda, pues había sido la comadrona quien la había llevado a bautizar en 1813.

Entonces pensó que podría aprovechar aquella locura genealógica y vender su habilidad para rebuscar en los archivos. Cuando fue a registrar su negocio, se encontraba demasiado emocionado por la idea de convertirse en detective de la historia y no cayó en la cuenta de que el nombre Złoty Korzeń iba a provocar que todos y cada uno de los clientes preguntaran primero si tenía algo que ver con el famoso nadador\*, y después se esforzaran por hacer algún chiste de mal gusto.

Como si se tratara de una novela negra, al principio lo que más hacía era esperar alguna llamada de teléfono y quedarse embobado mirando el techo, pero finalmente los clientes aparecieron. Llegaron los encargos, los casos se sucedían, cada vez había más clientes, aunque por desgracia la mayoría de ellos no eran morenas de largas piernas con medias. Estaban divididos principalmente en dos tipos. El primero era el de los gafotas acomplejados con chalecos de lana, con una expresión en la cara que decía «pero ¿yo qué he hecho?», a quienes las cosas no les habían salido bien en la vida y ahora tenían la esperanza de encontrarle un sentido y un valor a su existencia en antepasados que ya se habían descompuesto mucho tiempo atrás. Escuchaban con humildad y alivio la información de que eran descendientes de Don Nadie de Ninguna Parte, como si ya contaran con que iban a recibir ese golpe.

El segundo tipo, como Niewolin, dejaba claro desde un principio que no pagaba por la información de que procedía de una familia de carreteros borrachos y viejas ramerías, sino por encontrar unos antepasados nobles, su escudo de armas y un lugar adonde pudiera llevar a sus hijos y contarles que allí se alzaba la mansión donde el bisabuelo Polikarp se curó las heridas sufridas durante el levantamiento. Durante cualquiera de los levantamientos de la historia polaca. Al principio Roman se mostraba completamente sincero, pero

---

\* Se refiere a Paweł Korzeniowski, apodado «Korzeń», ganador de varias medallas de oro en campeonatos internacionales. (*N. del T.*)

después pensó que, en definitiva, aquello era una empresa privada, no un instituto de investigación. Ya que encontrar a nobles significaba gratificaciones, propinas y nuevos clientes, encontraría a nobles. Si alguien tuviera que formarse una opinión sobre el pasado de Polonia basándose solo en los resultados de sus indagaciones, llegaría fácilmente a la conclusión de que, en contra de las apariencias, no se trataba de un país de campesinos primitivos sino de señores distinguidos, o, como poco, de prósperos burgueses. A pesar de distorsionar los datos, Roman nunca mentía; lo que solía hacer era investigar las ramas adyacentes de la familia hasta dar con algún dueño de una gran propiedad.

Lo peor era encontrar a un antepasado judío. Nadie parecía aceptar la explicación histórica de que en la Polonia de entreguerras los judíos constituían el diez por ciento de la población y por eso resultaba posible topar con un antecesor de religión hebrea en especial en las tierras de la Polonia del Congreso y en Galitzia. Le había ocurrido dos veces. La primera, le pusieron a caer de un burro. La segunda, estuvieron a punto de pegarle; al principio no podía salir de su asombro, pero estuvo un par de días dándole vueltas y llegó a la conclusión de que el cliente siempre tiene la razón. Normalmente mencionaba el asunto durante el primer encuentro y, si el tema provocaba un exceso de emociones, enseguida se mostraba dispuesto a esconder bajo la alfombra al antepasado judío. Pero era algo que sucedía en muy raras ocasiones: el Holocausto había talado la copa del árbol genealógico hebreo.

Sin embargo, a veces se presentaba alguno, como Marjanna Niewolin, de soltera Kwietniewska\*, que aparecía en aquellos documentos del siglo XIX. No era una regla fija, pero a menudo los apellidos formados a partir de los nombres de los meses pertenecían a conversos, que tomaban como referencia el mes en que se celebraba el bautizo. Pasaba igual con los apellidos basados en los días de la semana o los que empezaban por la palabra *nowa* («nueva»). También el apellido Dobrowolski podría indicar, por su

---

\* El apellido Kwietniewska deriva de la palabra *kwiecień*, «abril». (N. del T.)

etimología, que algún antepasado había cambiado voluntariamente la religión judía por la fe cristiana. A Roman le gustaba pensar que detrás de aquellas historias estaba el amor; que la gente, cuando tenía que optar entre religión y sentimientos, elegía estos últimos. Y como el catolicismo era la religión dominante en la Serenísima República de Polonia, normalmente las conversiones se realizaban en esta dirección.

En realidad podía dejar de seguir ese rastro, ya resultaba suficientemente sorprendente que las raíces documentadas de Niewolin llegaran tan lejos. Pero el caso era que sentía curiosidad, y además le ponía nervioso el cabronazo aquel, que iba por ahí enseñando su anillo de sello con un espacio para grabar el escudo de armas.

Roman abrió una de sus herramientas básicas, el *Diccionario Geográfico del Reino de Polonia y de otras naciones eslavas*, que tenía escaneado en su portátil. Se trataba de una monumental obra de finales del XIX donde estaban descritas prácticamente todas las villas que se hallaban dentro de las fronteras polacas antes de las particiones. Buscó Dwikozy y se enteró de que era una aldea con una hacienda que había pertenecido al clero, con 77 casas y 548 habitantes. Ni una palabra sobre comunidad judía alguna, cosa natural si se tiene en cuenta que normalmente regía la prohibición de que los judíos se asentaran en las posesiones de la Iglesia. Así pues, si Marjanna provenía de una familia de conversos de la zona, había que buscar en Sandomierz o en Zawichost. Pasó las páginas y vio que en Sandomierz había cinco posadas judías, una sinagoga, 3.250 católicos, cincuenta ortodoxos, un protestante y 2.715 judíos, mientras que en Zawichost, de los 3.948 vecinos, 2.401 reconocían profesar la religión hebrea. Bastantes. Miró el mapa. Su intuición le decía que apostara por Zawichost.

Ahuyentó la idea de que estaba perdiendo el tiempo, se levantó, hizo algunas sentadillas, torció el gesto al oír cómo le crujían las rodillas y salió de la sala. Le dio al interruptor de la luz en el pasillo pero no ocurrió nada, siguió a oscuras. Lo intentó dos veces más sin éxito. Miró a su alrededor, indeciso. Aunque era un veterano en lo de pasarse las noches en los archivos, se sintió intranquilo. El *genius loci*, pensó, y suspiró como apiadándose de su tendencia a fantasear.

Se impacientó, volvió a darle al interruptor y, después de un par de centelleos, la luz mortecina de los fluorescentes inundó las escaleras. Roman miró hacia abajo, hacia la gran puerta con arcada gótica que comunicaba la parte administrativa con el archivo. Tenía un aspecto, por así decirlo, amenazador.

Carraspeó para romper el silencio y bajó las escaleras, pensando que el hecho de que el archivo de Sandomierz se encontrara en el edificio de una sinagoga del siglo XVIII le otorgaba un saborcillo curioso al caso de Niewolin y la madre de su tatarabuelo, la conversa con apellido de soltera Kwietniewska. La sala de lectura y las oficinas de los empleados se hallaban en un edificio anexo al templo donde en tiempos estuvo el *kahal*, el órgano administrativo de la comunidad judía. Los documentos en sí ocupaban el espacio de oración principal de la sinagoga. Era uno de los lugares más atractivos que había visto en su carrera como detective del pasado.

Al llegar abajo empujó la pesada puerta de hierro, cubierta de tachuelas. Notó el impacto del olor a nogal del papel viejo.

La antigua sala de oración tenía la forma de un gran hexaedro regular, que había sido adaptado a las necesidades del archivo de un modo interesante. En el interior habían construido otro cubo, de paredes caladas, hecho de pasarelas, escaleras y, en especial, estantes, todo metálico. El cubo era solo un poco más pequeño que la sala, uno podía rodearlo siguiendo los muros de la misma; o entrar en su interior, donde había un laberinto de estrechos pasillos; o bien subir a los niveles superiores y allí zambullirse en los documentos antiguos. La estructura parecía una especie de *bimah* enorme, en la que en lugar de la Torá se estudiaban documentos acerca de nacimientos, bodas, impuestos y sentencias. La burocracia como libro sagrado de la era moderna, pensó Roman. Rodeó la estructura sin encender la luz, tocando con la mano el frío revoque del muro. Llegó así hasta la pared oriental, donde unas décadas atrás aún se guardaban los rollos de la Torá, en una hornacina llamada *arón ha-kodesh*. Roman encendió la linterna. La luz atravesó las abundantes partículas de polvo que flotaban en el aire y de la oscuridad surgió la imagen de un grifo dorado que sujetaba entre sus garras una lápida con un texto en hebreo. Supuso que se

trataba de una de las Tablas de la Ley. Dirigió la luz hacia arriba, pero las policromías situadas más cerca del techo siguieron envueltas en tinieblas.

Subió hasta el nivel más alto por las empinadas escaleras de chapa perforada, acompañado por el ruido metálico de sus pisadas. Se encontraba casi junto al techo. Caminando entre estanterías llenas de documentos, empezó a contemplar a la luz de la linterna las representaciones de los signos del zodiaco que adornaban la parte superior de la sala. Frunció el ceño al ver un cocodrilo. ¿Un cocodrilo? Miró el símbolo que había al lado —Sagitario— y comprendió que el cocodrilo era Escorpio. Quizá tuviera alguna justificación. Recordó que en el judaísmo no se permitían las imágenes de personas; en cambio, cuando se acercó a Géminis comprobó que los gemelos sí estaban representados por figuras humanas, aunque sin cabeza. Notó un escalofrío.

Pensó que ya era hora de terminar la excursión, más aún porque acababa de descubrir a Leviatán enrollado alrededor de un ojo de buey. El espíritu de la muerte y la destrucción rodeaba una mancha de luz grisácea, como si se tratara de la entrada a su reino submarino, y a Roman le cambió el humor. Sintió la repentina necesidad de irse del archivo, pero en ese momento advirtió con el rabllo del ojo un movimiento al otro lado de la ventana circular. Introdujo la cabeza en el interior del monstruo, pero poco pudo ver a través de los cristales sucios.

Al otro lado de la sala chirrió una tabla de la tarima. Roman se sobresaltó y se golpeó dolorosamente la cabeza contra el muro. Soltó un taco y salió del ojo de buey. Otro chirrido.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Alumbró con la linterna en todas direcciones, pero solo vio actas, polvo y signos del zodiaco.

Escuchó otro chirrido, esta vez justo a su lado. A Roman se le escapó un grito sordo. Tardó un rato en serenar su respiración. Genial, pensó, debería dormir aún menos y beber aún más café.

Con paso enérgico, se dirigió a las empinadas escaleras a través de una pasarela metálica; una fina barandilla la separaba del oscuro agujero que se abría entre ella y la pared. Como el nivel superior de

la estructura se hallaba a la altura de las ventanas por las que entraba en la sala la luz del día, Roman pasó junto a unos extrañísimos artilugios que se usaban cuando había que abrirlas o limpiarlas. Se trataba de una especie de plataformas levadizas, que en ese momento estaban en posición vertical. Para llegar a la ventana había que soltar una gruesa cuerda y bajar la pasarela de manera que quedara junto a la pared. Roman pensó que era un mecanismo bastante peculiar: después de todo, la estructura metálica con los documentos no se iba a mover de allí, y mucho menos los anchos muros de la sinagoga, así que podrían haberlos unido permanentemente. La imagen le recordó a un barco con las pasarelas levantadas y listo para zarpar. Recorrió el artefacto con la luz de la linterna y luego siguió hasta las escaleras. Ya había empezado a bajar cuando un gran estruendo inundó la sala, una sacudida atravesó los escalones y él perdió el equilibrio, y si no cayó fue solo porque se agarró con ambas manos a la barandilla. La linterna se le había escapado y se había apagado al rebotar contra el suelo.

Roman se incorporó; el corazón le latía a mil por hora. Echó rápidamente un vistazo a su alrededor. Una leve histeria se había apoderado de él. Se había caído la plataforma junto a la que acababa de pasar. La miró, jadeando con dificultad. Al final le dio la risa, porque era cosa de la física, no de la metafísica: había debido de tocar algo sin querer. Así de simple. De todas formas, se prometió no volver a trabajar entre todos aquellos tataramuertos después de anochecer.

Un poco a tuestas, se acercó hasta la plataforma levadiza y agarró la cuerda para devolverla a la posición vertical. Se había atascado, por supuesto. Se subió de rodillas al vano de la ventana jurando en arameo. La ventana daba a los mismos arbustos que el ojo de buey custodiado por Leviatán.

El mundo exterior constituía en ese momento la única fuente de luz y era una luz sumamente pobre. En el interior no se podía ver apenas nada; en el exterior, la primera claridad de la mañana se había convertido en un amanecer primaveral, aún tímido, y de la oscuridad iban emergiendo los árboles, el fondo del barranco que rodeaba el casco viejo de Sandomierz, los chalets construidos

sobre la escarpa de enfrente y los muros del antiguo monasterio franciscano. La niebla negra había pasado a ser niebla gris, el mundo era borroso e impreciso, como si se reflejara en agua jabonosa.

Roman miró el lugar donde antes había visto que se movía alguna cosa, unos arbustos justo al lado de los restos de un antiguo muro defensivo. Aguzó la vista; algo de gran blancura destacaba entre un mar gris. Frotó el cristal con la manga, pero puesto que parecía evidente que la existencia de un mecanismo tan sofisticado como la plataforma levadiza no había animado a nadie a limpiarlo más a menudo, lo único que consiguió fue extender el polvo.

Abrió la ventana y parpadeó cuando el aire frío le dio en la cara.

Como una muñeca de porcelana flotando en la niebla, pensó Myszyński al ver el cadáver que yacía junto a la sinagoga. Su turbadora blancura no parecía natural: su falta de color lo hacía brillar.

En el interior, la pesada puerta principal de la antigua sinagoga se cerró con gran estruendo, como si todos los espíritus hubieran salido volando a ver lo que ocurría.